

ENTRADA DE LAS FUERZAS CONSTITUCIONALISTAS A LA CIUDAD DE MÉXICO

Edgar Urbina Sebastián*

Multitud de gente se dio cita en las aceras de la ciudad de México el 15 de agosto de 1914 para mirar el paso de los revolucionarios norteros. Mujeres, niños, ancianos, hombres, civiles y ex soldados vieron con curiosidad a la columna que desfiló por esas calles con tanta tradición en la historia.

Si bien en términos militares la capital no tenía mucha importancia,¹ políticamente sí lo era. En primer lugar, el arribo de las fuerzas constitucionalistas a la ciudad de México representó la rendición incondicional del gobierno huertista. Era una victoria total que no había dejado siquiera lugar a una amnistía general. Es decir, al no hacer ninguna concesión se tenía la sensación de una victoria sin cortapisas. Desde la caída de Tenochtitlan, México ha sido la residencia del poder por excelencia. Simbólicamente la entrada del Ejército Constitucionalista significaba que había ganado la guerra.

Los constitucionalistas entraron por Tlalnepantla y siguieron el camino de Azcapotzalco, Tacubaya, Popotla, la Tlaxpana, hasta llegar a

* Maestro en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

¹ Lo digo en términos logísticos o estratégicos: no era un enclave económico importante ni tenía la importancia de un puerto.

Chapultepec. Al llegar a este último lugar y en su cruce con la Calzada de La Verónica, los revolucionarios relevaron a una fuerza federal que estaba encargada de custodiar el punto.²

El remplazo de las fuerzas militares federales por las revolucionarias representó el cumplimiento de uno de los acuerdos de los Tratados de Teoloyucan, firmados apenas dos días atrás.³ Ahora la tropa a cargo de Álvaro Obregón asumía la responsabilidad de dar protección y evitar los saqueos. También significó que el valor humano y material que constituía el ex Ejército federal quedaba a disposición de los constitucionalistas para ser utilizado cuando así lo requiriese y se logró la desarticulación del peligro potencial que representaban para ser utilizados por sí mismos como corporación o por una de las corrientes ajenas al carrancismo.

Álvaro Obregón encabezaba la columna de 6 000 hombres.⁴ Era el único caudillo invicto de la revolución. De él se contaban innumerables hazañas y la gente quería apreciarlo de cerca.

La entrada del sonorenses antes que cualquier otro jefe revolucionario representó una hábil estrategia de Carranza para tratar de asegurar la lealtad de uno de sus más eficaces jefes militares. Seguramente esta concesión fue pensada detenidamente. Para entonces el de Sonora ya había dado indicios de cierta autonomía e independencia de juicio con respecto a la primera jefatura.⁵

² *El País*, 16 de agosto de 1914.

³ Entre las múltiples fuentes donde se pueden consultar los Tratados de Teoloyucan está: *La Revolución Mexicana. Textos de su historia. Acción revolucionaria*, investigación y compilación de Graziella Altamirano y Guadalupe Villa, pp. 379-382. El punto tercero decía: “Conforme vayan retirándose las tropas federales, los constitucionalistas ocuparán las posiciones desocupadas por aquellas”.

⁴ Charles C. Cumberland, *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 144.

⁵ En los Tratados de Teoloyucan Obregón en la cláusula X, en la que se hablaba que las fuerzas federales quedarían a disposición del Primer Jefe, como no queriendo agregó que éste “a la entrada a la capital, queda investido con el carácter de Presidente Provisional de la República”, para forzarlo a asumir el cargo y no contender por la Presidencia. Más tarde la actitud que asumió Obregón con respecto a Carranza fue con el ánimo de dejarlo fuera. Así lo hizo en los acuerdos

La táctica de Carranza de dar preferencia a Obregón le dio resultado y, al menos temporalmente, detuvo las ansias de éste de volar solo y pudo mantenerlo bajo su mandato.

A su lado marchaban jefes que no eran muy conocidos, con excepción del general Juan Cabral: el Coronel Miguel Laveaga, los tenientes coroneles Severiano Talamantes, Juan Merigo y Maximiliano Kloss.

La ausencia de jefes reconocidos se explica en términos personales, pero también militares. Para entonces Obregón no quería que le hicieran sombra, él debía ser quien atrajera la atención. Uno de los generales más sobresalientes, Lucio Blanco, fue enviado con su División de Caballería a relevar a las fuerzas federales establecidas en las poblaciones al sur de la ciudad de México: Tlalpan, Xochimilco, San Ángel y Coyoacán, con el objetivo de impedir el paso de los zapatistas.⁶ Cabe mencionar que este hecho fue tomado como una afrenta por Emiliano Zapata y significó un mayor distanciamiento entre Carranza y el jefe suriano.

Desfiló también la tropa: hombres del norte. Pero los que más llamaron la atención de los capitalinos fueron los yaquis. De ellos en los años anteriores se habían contado infinidad de relatos: que si se comían los niños, que si eran salvajes. Se sabía de ellos por las campañas que habían emprendido muchos de los jefes federales ahora derrotados, entre ellos Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet, quienes habían puesto pies en polvorosa. Aquellos tiempos habían sido entonces muy amargos para la tribu, llenos de encarcelamiento, asesinatos y deportaciones. Ese día era diferente, marchaban orgullosos, victoriosos y altivos, haciendo sonar sus tambores, armados con arcos y flechas. Al frente de las fuerzas constitucionalistas un grupo de obreros colocó una manta que decía:

que establecería con Pancho Villa días más tarde y en el mismo sentido fueron sus primeras participaciones en el mes de octubre en la Convención de Aguascalientes.

⁶ Cumberland, *op. cit.*, p. 144. Con idéntica comisión fue enviado el general Rafael Buena. Ello también se estipulaba en los Tratados de Teoloyucan.

“Salve, oh gran caudillo, emblema de justicia y libertad, Venustiano Carranza. Viva la Revolución”.⁷

Pese a que Carranza no estaba físicamente en la entrada del Ejército Constitucionalista, sí lo estaba en el imaginario. Fue una forma de mostrar su autoridad aun en la ausencia. En este sentido siempre fue muy sagaz.⁸

La entrada del ejército triunfante señaló el principio del acercamiento exitoso entre el ala constitucionalista y el sector obrero. También para los capitalinos representó la revolución y todos sus estratos sociales vistos de cerca.

A las tres de la tarde Álvaro Obregón entró a Palacio Nacional. Ahí el gobernador huertista del Distrito Federal, Eduardo Iturbide, le hizo entrega del edificio. Obregón salió al balcón para dirigirse al pueblo y pedirle colaboración para establecer un gobierno perfectamente constituido. En los días siguientes, el caudillo sonorenses permaneció en la ciudad de México esperando el arribo del Primer Jefe. Dictó algunas disposiciones y se dio tiempo para depositar una ofrenda floral en la tumba de Francisco I. Madero.

A pesar de que entonces la situación era crítica en Sonora y que Obregón pidió permiso a Carranza el 18 de agosto para ir a ese estado y a Chihuahua para poner fin a las dificultades, salió de la ciudad hasta el día 21.⁹ Obregón no quiso perderse los agasajos y estar presente en el momento culminante de la revolución constitucionalista.

⁷ *El Imparcial*, 16 de agosto de 1914. Sobre los yaquis la crónica periodística dirá: “La infantería yaqui, de certeros tiradores, que igualan la leyenda de Guillermo Tell; jinetes habilísimos; temibles artilleros, entran a la ciudad de México”.

⁸ En los Acuerdos de Torreón pese a que también Carranza no había estado presente mediante sus enviados no oficiales logró el reconocimiento a su jefatura por parte de la División del Norte. El punto primero del pacto fue: “La División del Norte reconoce como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista al señor don Venustiano Carranza y solemnemente le reitera su adhesión”. Gloria Villegas Moreno y Miguel Ángel Porrúa Venero (coord.), *Enciclopedia Parlamentaria de México. De la crisis del modelo borbónico al establecimiento de la República Federal*. Serie III, v. I, T. III, p. 287.

⁹ Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, pp. 165-167.

Entrar como el primer revolucionario triunfante a la ciudad de México y estar al lado del Primer Jefe lo posicionaron como uno de los jefes más prestigiosos.

La entrada a la capital también significó una breve pausa en el teatro de la guerra. Pese a los ostentosos desfiles y los discursos de concordia, lo cierto es que para entonces la lucha no se podía dar por terminada. El huertismo había sido derrotado, pero ahora vendría la disputa por el poder entre las facciones victoriosas.

Tomando la rienda de un hermoso caballo negro, el mismo con el que había iniciado la campaña militar en contra del huertismo, Venustiano Carranza entró a la ciudad de México el 20 de agosto de 1914.

Carranza se presentó como el gran triunfador pese a que su actividad bélica había sido de escasa importancia. Si como militar mostró sus deficiencias, como político era magistral. Para entonces había logrado que tras la breve insubordinación que tuvieron Francisco Villa y sus generales antes del ataque a Zacatecas, éstos le volvieran a reconocer su autoridad. Pero lo que es más significativo: pese a que la División del Norte le había provocado las más estrepitosas derrotas al Ejército federal, el Primer Jefe los obligó a replegarse al Norte, siendo él y sus hombres más cercanos los encargados de recibir los halagos y la gloria del triunfo.¹⁰

Escortaba a Carranza su Estado Mayor, los generales Juan Cabral, Antonio I. Villareal, Julio Madero y, por supuesto, Álvaro Obregón. El único revolucionario constitucionalista importante que no acompañó al Primer Jefe en su entrada a la ciudad de México fue Pablo González.

La ausencia de Pablo González en la entrada de Carranza a la ciudad de México era una muestra de los conflictos existentes al interior de los jefes rebeldes. Si bien se ha dicho que la no participación del general González se debió a los conflictos personales

¹⁰ Para comprender el significado moral, simbólico y militar del repliegue de la División del Norte, véase: Adolfo Gilly, “Zacatecas, la última batalla”, en *Revista de la Universidad de México*, N. 132, febrero de 2015, pp. 27-35.

que tenía con Obregón,¹¹ era también una prueba de las rencillas que había entre los jefes revolucionarios a nivel nacional.

El día de la entrada de Carranza, Pablo González se encontraba en Apizaco recibiendo parte del arsenal federal. De hecho él fue el jefe más beneficiado con los pertrechos dejados por los huertistas. A sus fuerzas se les destinó también la mayor parte de los elementos de la ciudad de México. Mientras que Obregón recibía el prestigio y popularidad como uno de los principales líderes revolucionarios, a cambio González se volvió la facción más poderosa en términos militares.¹² El fortalecimiento de González fue una especie de recompensa ideada por el Primer Jefe para nivelar las disputas entre sus generales, se debió también a que él era uno de los constitucionalistas más cercanos a su persona, pero sobre todo a que era tal vez su jefe militar más ineficaz y, por lo tanto, no representaba peligro alguno.

Eran las 12:30 de la tarde cuando Carranza y su comitiva ingresaron a la Plaza de la Constitución. El Primer Jefe tremolaba la bandera nacional y fue recibido con los repiques de campana de la Catedral y 21 cañonazos de salva. Desde el balcón de Palacio Nacional se dirigió al pueblo congregado y en parte de su discurso les pidió su cooperación para que “en el desgraciado evento de que aún hubiera malos mexicanos que quisieran alterar la paz pública, fueran inmediatamente reducidos al orden”.¹³ Carranza no necesitaba decirlo, pero a esos “malos mexicanos” a los que se refería eran Francisco Villa y sus jefes de la División del Norte.

¹¹ Las diferencias se debían a que Obregón no había invitado a González a tomar parte en las negociaciones cuando llegó una Comisión de Diplomáticos a ver al jefe de Sonora a Teoloyucan, ni tampoco lo tomó en cuenta cuando se firmaron los Tratados en ese poblado. También debido a que un telegrafista de las fuerzas del sonorenses le faltó al respeto a González y no recibió ninguna reprimenda, y porque al disponer la orden del día en que debían de marchar las fuerzas al lado de Carranza, el Estado Mayor de Obregón dispuso que su jefe marchara a la derecha y González a la izquierda. Juan Barragán Rodríguez, *Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista*, T. I., p. 606.

¹² Javier Garcíadiego, *1913-1914. De Guadalupe a los Tratados de Teoloyucan*, p. 237; Pedro Salmerón, *Los carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, p. 279.

¹³ Véase *El País*, 21 de agosto de 1914.

El discurso posrevolucionario ha puesto en la imaginación popular a los jefes rebeldes unidos y luchando bajo un mismo fin. Bajo esa idea sería necesario imaginar una entrada triunfal de Carranza, acompañado de Obregón, Pablo González, Francisco Villa y los diversos jefes de la División del Norte, como Felipe Ángeles. Incluso haría falta la presencia de Zapata. Lo cierto es que cada uno de ellos entró por su lado. Obregón lo hizo cinco días antes, Villa y Zapata lo harían meses después, a principios de diciembre. Pablo González nunca recibiría una recepción ni de cerca parecida a la que tuvieron Carranza, Obregón, Villa y Zapata.

Y no podía hacerse así porque no sólo era cuestión de diferencia de clases o de personas, sino porque cada uno representaba proyectos diferentes¹⁴ y la hegemonía de cada uno de ellos se tendría que definir en el campo de batalla, en la guerra que estaba por venir.

Después vino el festejo: Carranza, su Estado Mayor y sus generales compartieron una comida con los agentes confidenciales de España y de Estados Unidos. Los jefes, oficiales y tropa también salieron a celebrar. Algunos se fueron de juerga, a bailar, a apoderarse de las casas elegantes, a socializar con las muchachas galantes y celebrar el gozo de la victoria con los capitalinos.¹⁵

La entrada a la ciudad de México representó también una especie de pacto que se cerró con los sectores acomodaticios de la capital, aquellos que no tienen posición de partido, que aplauden al bando triunfador y denigran al perdedor pero sólo para mantener intactos sus propios intereses.¹⁶ Urquiza dirá que tal vez muchos de

¹⁴ Para un análisis detallado del proyecto y la ideología de cada una de las corrientes véase: Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Las corrientes revolucionarias y la Convención de Aguascalientes*.

¹⁵ Francisco L. Urquiza, *Recuerdo que...*, p. 237-238.

¹⁶ Juan Barragán Rodríguez, *op. cit.*, p. 606. Recordará: “Fue éste un suceso que hará época en los anales de la historia. Más de trescientas mil personas aclamaron al gran caudillo revolucionario, tardando la comitiva, en su recorrido de la Calzada de la Verónica al Palacio Nacional, más de seis horas, obligada como se vio a detenerse, constantemente, ante la ola humana ansiosa de conocer y vitorear al Primer Jefe”.

aquellos que festejaron el arribo de los constitucionalistas fueron los mismos que celebraron con júbilo meses atrás el derrocamiento y la muerte de Madero.¹⁷

También se llevó a cabo el reparto del botín entre las fuerzas constitucionalistas. Fueron distribuidos los autos de los generales vencidos, lo mismo que las casas de los partidarios del huertismo.¹⁸

Fue un ajuste de cuentas, un cobro de los agravios sufridos.

En síntesis, la entrada a la ciudad de México tuvo importancia tanto en lo simbólico como en lo material.

En lo simbólico los constitucionalistas pudieron reclamar para sí la victoria de la derrota infligida a Huerta.

Carranza logró el reconocimiento de su autoridad por parte de Francisco Villa y la División del Norte, de sus jefes cercanos como Pablo González y los no tan leales como Álvaro Obregón.

En lo material, la importancia residió en todo el arsenal y la fuerza humana que representaban los miembros del Ejército federal. Los pertrechos de guerra fueron destinados a las fuerzas constitucionalistas y los efectivos humanos quedaron en calidad de espera.

En lo militar, logró que la fuerza con mayor significación, la División del Norte, se replegara al norte cuando él pisaba la ciudad de México triunfante. También pudo frustrar un posible intento de entrada de los zapatistas a la ciudad de México.

En lo político, se logró el acercamiento a uno de los grupos más importantes de la sociedad: el sector obrero.

En términos negativos, la entrada de los constitucionalistas a la capital de la República mostró en los hechos la distancia existente entre Carranza y los diversos caudillos revolucionarios, principalmente Francisco Villa y Emiliano Zapata. Por lo mismo, también simbolizó sólo un paréntesis en la continuación de la guerra.

¹⁷ Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, pp. 237-238.

¹⁸ *Ibidem*.

Además significó la realización de los Tratados de Teoloyucan, pero por otra parte también representó el no cumplimiento del Plan de Guadalupe. Conforme a éste, Carranza debía asumir el carácter de presidente provisional y convocar a elecciones. No obstante, se negó en todo momento a tomar el título de presidente provisional o interino que le habría impedido aspirar después a la Presidencia Constitucional.

Por último, constituyó también la revancha por las humillaciones sufridas en su vida.

Era la revolución que llegaba por primera vez a la *Ciudad de los Palacios*; eran los de abajo que ascendían, con sus pies empolvados, por las escalinatas de mármol italiano de las moradas regias y violaban con torpeza las mullidas alfombras, los encerados parquets y los muebles finos, importados. Nunca, hasta entonces, habían reflejado las lunas venecianas de aquellas mansiones, sombreros tejanos, mitazas saltilleras ni cananas repletas de cartuchos; nunca soñaron tampoco los propietarios de aquellas casas que llegara el día en que una turba de gente desconocida, de allende el norte, fuera a habitar sus salones, a dormir en su camas, a comer en su vajillas, a usar sus coches y a servirse de sus criados.¹⁹



Como encargado del Poder Ejecutivo, es decir, del mando de la nación, Venustiano Carranza simbolizaba, en esos días de agosto de 1914, la victoria de la revolución constitucionalista y de las promesas del Plan de Guadalupe: el restablecimiento de la legalidad constitucional.

Sin embargo, el proceso no había terminado, ya lo había vaticinado el Primer Jefe en Hermosillo el 24 de septiembre de 1913.

Pero sepa el pueblo de México que, terminada la lucha armada a que convoca el Plan de Guadalupe, tendrá que principiar formidable y majestuosa la lucha de clases, queramos o no queramos nosotros mismos y

¹⁹ Ídem, p. 241.

opónganse las fuerzas que se opongan, las nuevas ideas sociales tendrán que imponerse en nuestra masa: y no es sólo repartir las tierras y las riquezas nacionales, no es el sufragio efectivo, no es abrir más escuelas, no es igualar y repartir las riquezas nacionales; es algo más grande y más sagrado; es establecer la justicia, es buscar la igualdad, es la desaparición de los poderosos para establecer el equilibrio de la conciencia nacional.²⁰

Para que se realizaran algunos de esos objetivos todavía tendría que pasar algún tiempo y correr mucha sangre.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRANO, Graziella y VILLA, Guadalupe (comps.), *La Revolución Mexicana. Textos de su historia. Acción revolucionaria*, T. III, México, Secretaría de Educación Pública e Instituto Mora, 1985.
- ÁVILA ESPINOSA, Felipe Arturo, *Las corrientes revolucionarias y la Convención de Aguascalientes*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, Congreso del Estado de Coahuila, Universidad Autónoma de Aguascalientes y El Colegio de México, 2014.
- BARRAGÁN RODRÍGUEZ, Juan, *Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista*, T. I, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 1986.
- CUMBERLAND, Charles C., *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- GARCIADIEGO, Javier, *1913-1914. De Guadalupe a los Tratados de Teoloyucan*, México, Editorial Clío, Gobierno del Estado de Coahuila y Secretaría de Cultura de Coahuila, 2013.
- GILLY, Adolfo, “Zacatecas, la última batalla”, en *Revista de la Universidad de México*, N. 132, febrero de 2015.
- OBREGÓN SALIDO, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, estudios preliminares de Francisco L. Urquizo y Francisco J. Grajales, apén-

²⁰ Discurso de Venustiano Carranza en el Ayuntamiento de Hermosillo, 24 de septiembre de 1913. Mario Contreras y Jesús Tamayo (ed.), *Lecturas Universitarias. Antología. México en el siglo XX. 1913-1920. Textos y documentos*. T. II, México, UNAM, 1976, pp. 161-164.

dice de Manuel González Ramírez, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

SALMERÓN SANGINÉS, Pedro, *Los Carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, México, Planeta, 2010.

URQUIZO, Francisco L., *Recuerdo que...*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, Comisión Nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.

VILLEGAS MORENO, Gloria y PORRÚA VENERO, Miguel Ángel (coord.), *Enciclopedia Parlamentaria de México. De la crisis del modelo borbónico al establecimiento de la República Federal*, serie III, V. I, T. III, México, Miguel Ángel Porrúa e Instituto de Investigaciones Legislativas de la Cámara de Diputados, LVI Legislatura, 1997.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

El País

El Imparcial

Revista de la Universidad de México

